

# LAS CONTRADICCIONES DEL MUNDO DEL SUBDESARROLLO



Se quería evitar cualquier repercusión ideológica, pero la conferencia de Argel de los «setenta y siete» fue empujada a los problemas políticos a causa de un discurso de Bumedian. En la foto, el actual jefe argelino con Ben Bella, quien fue derrocado y encarcelado la víspera de la inauguración de otra conferencia que no pudo celebrarse y que debía haber sido «el segundo Bandung». Los países del tercer mundo no han encontrado solución a sus graves problemas económicos.

Por **EDUARDO HARO TEGLEN**

**L**OS «setenta y siete» son los países subdesarrollados o, según el eufemismo vergonzante de nuestro tiempo, «en vías de desarrollo» —como si dijésemos de los mendigos que están «en vías de riqueza»—; han reunido en Argel a sus más atormentados personajes políticos —sus ministros económicos— con el fin de preparar una conferencia mayor, que deberá celebrarse en Nueva Delhi, y llevar a ella algunas propuestas concretas que les permitan una acción común para poder entrar, realmente, en la vía del desarrollo. Representan aproximadamente las tres cuartas partes de los países del mundo; sus habitantes, reunidos, forman más de las dos terceras partes de la humanidad. Los «setenta y siete» han constatado en Argel que están perdidos en «la implacable jungla del comercio internacional», según la frase de Dialo Telli —secretario general de la Organización de Unidad Africana—; una jungla poblada de bestias feroces que tratan de devorarles, en la que buscan desesperadamente una salida. No la encuentran, y la reunión de Argel, pese a ciertos comunicados moderados, pese a algunos proyectos de resolución, no les ha servido de nada; o, lo que es peor, les ha servido para encontrarse con sus propias disensiones y contradicciones. Un agudo observador, el eminente sociólogo brasileño Josué de Castro —autor de «Geografía del hambre», uno de los libros más leídos del mundo—, ha tenido palabras de desaliento: «Hemos fracasado en el objetivo central, por el hecho de la parálisis inicial de la conferencia, que ha sufrido ya grandes daños. Debemos evitar que la historia siga siendo escrita por los otros. Es preciso crear una nueva conciencia política mundial centrada sobre el verdadero desarrollo, que constituye el mito del siglo XX como la libertad fue el del siglo XIX. Pero para ello hay que tener confianza. Esta confianza ha sido ya sacrificada».

La conferencia, en efecto, ha tenido un mal punto de partida. Se había convocado entre ministros económicos para evitar cualquier repercusión de política ideológica y, sin embargo, el problema de las ideologías apareció cuando Argelia quiso evitar la presencia de Vietnam del Sur y de Corea del Sur y trató de justificar esa actitud no por considerarles como satélites de los Estados Unidos sino por algo tan grave como porque se declaraba impotente para «garantizar su seguridad». Esta discriminación produjo un principio de retirada de los representantes hispanoamericanos —representantes oficiales de sus gobiernos— que se negaban a admitir que pudiera tenerse en cuenta la orientación de los regímenes políticos de los países implicados en el drama del subdesarrollo. Todo esto y un discurso duro de Bumedian en la sesión de apertura produjo en la conferencia

de Argel un cierto tumulto, una parálisis inicial —a la que alude Josué de Castro—, una acentuación de las divisiones y de las hostilidades mutuas. Ciertamente, el objetivo central de la conferencia estaba errado.

Estamos lejos de Bandung. En 1955, la conferencia de Bandung (Indonesia) reunía veintinueve naciones africanas y asiáticas, que reunían la mitad de los habitantes del globo, pero que no disponían más que del 11 por ciento de la renta mundial. Bandung creó ciertas esperanzas, sostenidas especialmente por Nehru de la India, para que se pudiera crear una «tercera fuerza» y para el desarrollo de la cooperación mutua. La mayor parte de los dirigentes históricos que asistieron a aquella conferencia han muerto, han sido apartados del poder o se han reconvertido. Nunca ha podido celebrarse un segundo Bandung: estaba previsto en Argel, en junio de 1965, y el misterioso golpe de Estado que derribó a Ben Bella la anuló, cuando ya habían llegado algunas de las delegaciones, hasta el punto de que algunos autores atribuyen la caída de Ben Bella en ese preciso momento no a problemas de política interior argelina, sino a maniobras ocultas para impedir la reorganización del tercer mundo. ¿Maniobras de quién? En política, la imaginación es libre y las maniobras se han atribuido a los Estados Unidos —la CIA— para evitar que se plantearan seriamente sistemas de lucha contra el colonialismo económico; a China, que temía que la URSS pudiera quitarle su clientela revolucionaria; a la URSS, para evitar el pase de los países africanos y asiáticos a la línea de Pekín... El hecho histórico es que no hubo conferencia, que Ben Bella desapareció para siempre y que el personaje silencioso y extraño llamado Bumedian, surgido de aquel 19 de junio de 1965, trata hoy de crear una «vía argelina» de la revolución distinta de la «vía cubana», de la «vía china» o de la «vía soviética»; que se ha radicalizado de tal forma que plantea una contradicción más en el cúmulo de contradicciones del tercer mundo y que la conferencia de los «setenta y siete» se ha disuelto en sus manos.

Desde entonces, desde Bandung y desde la conferencia fallida de Argel, el mundo del subdesarrollo intenta la unión por dos caminos distintos: el puramente revolucionario, al margen de los gobiernos, que se inició ya en el Consejo de Solidaridad de los pueblos afroasiáticos —Egipto, diciembre de 1957—, cuyas más recientes y más espectaculares manifestaciones han sido la conferencia tricontinental de La Habana y la Organización Latino Americana de Solidaridad (OLAS) de este mismo año, y los diversos intentos de ca-



A estas alturas pueden considerarse como fracasados los esfuerzos globales para favorecer el desarrollo del tercer mundo. En la foto, una aldea indonesia.

nalizar oficialmente conferencias y reuniones gubernamentales de países subdesarrollados para que puedan enfrentarse con sus problemas esenciales, intentos que dan resultados tan decepcionantes como el que acaba de suceder en Argel. Quizá la definición estructuralista de Gannagé (E. Gannagé, «Economie du développement», Presses Universitaires de France, París, 1962) sea una de las más exactas de cuantas se han intentado para definir el subdesarrollo, que son muchas: «Un país subdesarrollado en un país caracterizado por la coexistencia de dos sistemas económicos y sociales totalmente diferentes, donde la interacción de los elementos estructurales es el comportamiento normal». Si esta definición se aplica a una reunión de países subdesarrollados, la pluralidad de sistemas económicos y sociales que se tratan de hacer coexistir es tal, que su interacción conduce a la parálisis. La desesperación de cada país para buscar la solución de los tres enemigos definidos por Dialo Telli —«el aumento del hambre, de la enfermedad y de la ignorancia»— produce la multiplicidad de caminos y de sistemas que apartan a estos países de la «nueva conciencia política mundial» que pretende Josué de Castro.

El problema, tal como se anuncia hoy en el menor número posible de palabras por los economistas (ver TRIUNFO, número 279), es éste: los precios de las materias primas bajan continuamente, mientras aumentan los de los productos manufacturados. Los países subdesarrollados no tienen más exportaciones que las de materias

primas; cada vez se ven obligados a adquirir más productos industriales de los países ricos. Esta situación se está acentuando en los últimos años hasta el punto de que ya pueden considerarse como fracasados todos los esfuerzos globales hechos para favorecer el desarrollo. Los países afectados no solamente no han conseguido salir de «una economía en la que los costos del hombre no están cubiertos; costos que le impiden morir, que le procuran una vida física y mental mínima, un mínimo de reposo» (F. Perroux, «Les coûts de l'Homme, Economie appliquée», París, 1952), sino que la distancian creciente materia prima-producto industrial y el aumento de la demografía que devora toda clase de ayudas económicas —condicionadas, por otra parte, a prestaciones políticas e incluso militares— van deteriorando la situación. La resolución africana presentada a la conferencia de Argel llega a pedir a los países desarrollados que dejen de producir productos sintéticos que están destrozando el valor de las materias primas, no sólo en los mercados mundiales, sino que los propios países subdesarrollados, donde se introducen por su mayor fuerza publicitaria y su menor coste.

La conferencia de Argel no ha podido resolver estos problemas esenciales ni presentar un plan concreto; como no puede resolverlo la previa celebrada en Ginebra, ni la que se celebrará en Nueva Delhi. Sin embargo, este «mito del siglo XX» es de los que no se pueden soslayar. Los aldabonazos revolucionarios en los países subdesarrollados responden a la carencia de soluciones técnicas.